



## **Homilía en el funeral de José Sala Parroquia de San Leonardo (Soria) – 11 de febrero de 2019**

Queridos hermanos:

Saludo esta tarde a los sacerdotes concelebrantes, a la comunidad parroquial de San Leonardo de Yagüe y a los familiares de nuestro hermano José, cuyo funeral estamos celebrando. Saludo con particular afecto a su esposa Pilar, a sus hijos, Julián, José (sacerdote), Juani y Reyes, así como a sus nietos y demás familia.

El misterio de la muerte, aun cuando tenga lugar en una persona de edad avanzada, como es el caso de José, es siempre fuente de tristeza por la separación que conlleva. No nos acostumbramos a la muerte y nos cuesta pensar en una realidad que trascienda este mundo. Esto no es nuevo porque ahora seamos más materialistas o más inteligentes y ya solamente creamos en el mundo físico y palpable. En el Evangelio que hemos proclamado Jesús repite machaconamente: hay que nacer de nuevo. Y Nicodemo sólo tiene una respuesta: imposible. El único fruto que puede darnos nuestra vida es el del silencio y el acabamiento. Somos lo que somos y nadie puede cambiar el final de nuestra vida.

Pero para un hijo de Dios, con la luz de la fe, este acontecimiento doloroso se transforma en el paso a la Vida eterna. Cuántas veces hemos asistido a funerales donde se lee el prefacio de difuntos: *“La vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma, y al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo”*. Ésta es una gran verdad por más que nos cueste creerlo.

La palabra de Jesús resuena hoy con toda su fuerza en esta tarde en la que nos hemos reunido para orar por José. ¿Por qué no leer la muerte como “un nacer de nuevo”? Por muchos años que llevemos de cristianismo tendemos a leer la muerte como ruina y fin. Pero puede ser entendida de otra manera: como un nacer no sólo al recuerdo de los seres que nos han querido (que no es poco) sino como un participar más plenamente de la vida en Dios.

Al traspasar el umbral de la muerte nuestro hermano José habrá descubierto a Cristo tal como es de verdad. Hasta ayer lo conocía sólo por la fe, y los sacramentos de la fe lo confortaron en tantas ocasiones. Ahora lo habrá descubierto tal como es, sin velos ni oscuridades. Nuestra muerte es un abrirse al secreto de Dios, un desvelar ese amor del Padre, un comprobar que el Padre nos ha llevado y nos sigue llevando en sus manos. ¿No es esto como un nacimiento nuevo, incluso más grande que el nacimiento biológico, el del inicio de nuestra vida?

Esta enorme y hermosa posibilidad de nacer de nuevo es el fruto grande que la vida, muerte y resurrección de Jesús nos han aportado y que hoy, como cristianos, recordamos y actualizamos llevados también por esas hermosas palabras de San Pablo a los Romanos: *“Por tanto, si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él; pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre Él”*.

Por todo esto hoy celebramos cristianamente la muerte de José y también su larga vida de 90 años que, a partir de ahora, queda depositada en manos del buen Dios. Sin duda que el consuelo de la presencia continuada y afectuosa de su esposa, hijos y nietos, que lo han acompañado con cariño siempre y, muy especialmente, en los constantes ingresos en el hospital, le habrá hecho mucho más llevadero este tramo final de su vida terrena.

Estos pensamientos nos vienen bien en esta tarde al rezar por José que ha terminado su camino sobre la tierra para entrar en la eternidad donde el rostro santo de Dios resplandece en todo su esplendor. José nos ha dejado el ejemplo de un buen padre y de un hombre trabajador, sencillo y cercano. En estos momentos pedimos para él la misericordia de Dios con las palabras del salmista: *“Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros como lo esperamos de ti”*.

Hermanos, es posible nacer de nuevo. Es posible la esperanza. Avivemos nuestra esperanza en el gozo del encuentro definitivo con Dios Padre. Mantengamos viva la certeza de que es posible nacer de nuevo más allá de la muerte. No son falsas ilusiones ni utopías irrealizables. Nacer de nuevo, vivir eternamente, es, en el fondo, el afán de todo corazón, es el anhelo más grande que Dios mismo ha puesto en nuestro corazón. Como diría San Agustín al comienzo de sus Confesiones: *“Nos hiciste para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”*.

Que el Padre Dios dé cumplimiento a este anhelo en todos nosotros como ya lo ha hecho con nuestro hermano José. Y a todos nosotros nos conforte con la fe en la resurrección y nos ayude a vivir con esperanza el paso por esta vida. Que la esperanza nos sostenga siempre.

**✠ Abilio Martínez Varea  
Obispo de Osma-Soria**